

La soledad se llama Lucila

Hojando el periódico, semanas atrás, una noticia local me produjo un impacto especial, ya que fue evocar treinta y más años, en una ciudad donde convertido en preso político o "regalado", conocí toda la fraternidad de seres que al margen de la irrefrenable marca de ese tiempo, me socorrieron.

Hoy, en el 2005 y como en reconocimiento (a lo largo del país) de los habitantes de Vicuña con "su Gabriela" (la misma que se fue niña con un trauma que no olvidó jamás) en invierno y en Iquique, un concejal del municipio vicuñense había entregado al Alcalde de Iquique, un busto de la Mistral en el año sesenta de su Premio Nobel. Leí, también, que el acto tuvo como asistentes a varios personajes públicos, un parlamentario y los niños de una escuela, que dieron la atmósfera que Gabriela habría querido, pues cantaron sus rondas y leyeron sus poemas.

Por tratarse de tan importante gesto, pensé en el retraso de las invitaciones a escritores emergentes, conocidos, todos, sólo para algunos. Consulté y nada de ello había. El mundo cultural iquiqueño: gestores, autores, creadores, dirigentes de talleres literarios, grupos, entidades, (entre ellas Soch filial Iquique) no estuvo, pues no fue invitado. Produce desconcierto, desazón, molestia que por razones "inmediatas" (o como se llamen) en Iquique, la misma ciudad que se promociona por el mundo, como turística, importante en lo mercantil, desde el nivel comunal, sólo el Gobierno Regional y la institucionalidad cultural, reconocen en sus artistas y gestores culturales, toda la dinámica que ellos producen. Por añadidura, en el caso especial del "año de Gabriela", resulta vergonzoso que

el acto de recepción de tan importante gesto vicuñense no tuviera la amplitud, representación, ribetes de hito cultural, porque en él no se dio a los artistas la participación o al menos la presencia debida. La gestión cultural no nace, ni depende ni se ordena desde un nivel de mando, es ejercicio cotidiano, voluntario, espontáneo, de quienes sienten el llamado estético, vivencial.

Gabriela estuvo sola, separada de sus hermanos escritores y no precisamente porque ellos lo hubiesen querido así. Siempre, lo más doloroso en ella estuvo en la soledad, de la que se mortificó en las horas de prueba existencial, diciendo: "...He escrito como persona que habla en la soledad..." La que conoció, cuenta en sus curtidas memorias: "...Fui expulsada de la escuela (Vicuña), por mi madrina, una mujer ciega que en la cebra igualmente ciega, me acusó de haber robado papel oficial que me regalaba el visitador cada vez que iba a verlo..." Su continua "huida" por varias ciudades de Chile, buscando el reconocimiento y validación, como cuenta en el prólogo que le escribe a Roque Esteban Scarpa, para "La desterrada en su patria" y que revela el voluntario "exilio" hacia Magallanes, desde ese nombre (por doble connotación) le traerá, el finatema de estar sola: el mismo dolor después del suicidio de Rogelio, para quien su amiga predilecta Isolina Barrera (aún viva), en un pedruzco de vazo mármol de velador, ordena hacer una lápida. Después, la soledad de dos años interrumpidos por la última carta para el poeta Manuel Magallanes Mourz, que no logró entender su indecisión ante el amor carnal, dejando atrás, casi como condición, hasta que ella, con 32 años ya, al decir de Volodín Tsitelbeim, ella



Alberto Carrizo

entiende: "...El hombre acorralado ha dicho por fin la verdad: no la quiere" en el sentido "hondo" de la palabra..."

Viene el nuevo autoexilio, pero ahora, fuera de su natal patria: Gabriela vive en Petrópolis "de fiesta perpetua" (escribe). Y en agosto de 1943, su sobrino Yin Yin, a quien había criado y sostenido, se suicida al borde de sus 15 años: en la desesperación de su nueva soledad, acude a sus labios: "...No viene de ahora ni de aquí, sino de una orilla oscura que usted no sabe, este golpe, este rechazo y esta certeza...". Esa misma desesperada orfandad del más grande amor que compensaba el no haber tenido hijo, hace nacer en ella las llamadas "Oraciones a las Potencias Angelicales por Yin". Ya en 1928, el gran poeta José Carlos Mariátegui (peruano) había publicado en la Revista "Amauta", el texto de los Derechos del Niño, de Gabriela Mistral.

Y el año 1957, la definitiva: Gran Soledad la integra a la eternidad. Muere, solitaria, en un Hospital de Nueva York. No pusieron el epitafio que ella escribió y pidió: "No callaré, no olvidaré, no perdonaré..." ...Por eso, duele aún, su soledad en nosotros.

La Soledad se llama Lucila. [artículo] Alberto Carrizo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Carrizo, Alberto, 1935-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2005

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Soledad se llama Lucila. [artículo] Alberto Carrizo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile